



Carlos Alejandro / Olga de León

El arte de los cabrioles compelidos

Un arabesco de Debussy

Aquí, acomodado en la vejez que me cayó sin el mínimo decoro, trato de hacer memoria y desentrañar: ¿cómo llegué al entendimiento cabal del Primer Arabesco de Claude Debussy? Fue un día cualquiera, sí, un día claro y al mismo tiempo amarillo y azul como otros días del verano en aquel país de tierra y sangre calientes, y de no ser porque ese precisamente y no otro día tuve una experiencia particularmente distinta con la música, que experimenté a lo largo y ancho de mi piel como si condujera un vehículo mecánico de dos llantas sobre un río de lava: sentía que no lograba juntar ni mover rítmicamente mis piernas para pedalear aquella especie de bicicleta que parecía montar y conducir, fue como si una masa muy grande e invisible me lo impidiera. Entonces, mi cuerpo y mi piel se volvieron música inalcanzable: silencio profundo en la mudez.

“¡No me estás escuchando!”, volvió a gritar don Federico, como ya lo había hecho media hora antes desde su sillón individual con vista al Parque España, esa emblemática plaza próxima al departamento en aquel cuarto piso de un edificio celeste en la Condesa, donde por entonces habitaba.

Estaba nervioso. Me turbó comprender que para alguien como yo, aún joven y que podía escuchar atentamente una pieza de música, no prestara atención a la plática del Maestro.

- ¡Te pregunté que qué grado es este acorde, no qué acorde es!

- ¡Ah!, de acuerdo -dije mirando las notas sobre el pentagrama, volviendo a revisar aquella triada en Si Mayor, verificando que se tratara del quinto grado.

Pero en realidad yo ya no veía las notas; de los nervios no podía, aunque hubiese realizado el análisis armónico de la pieza dos días antes, apostado en la comodidad de un café, cuando jamás habría imaginado que podrían ganarme los nervios al recordar que las palabras de don Federico, habían sido: “no sé si te voy a aceptar como alumno, dependerá del análisis que realices del Primer Arabesco de Debussy”.

Un par de días antes de encontrarme con él en su departamento para mostrarle los resultados, me sentía tranquilo, a pesar de que al llegar a La Esquina del Té e iniciar la codificación de los primeros compases, descubrí que todo aquello me tomaría mucho más horas de las que había imaginado: debía decidir si los acordes de treceava no eran en realidad de onceava, de novena o de séptima, lo que implicaba tomar decisiones sobre cuáles de aquellas notas eran “de adorno” y cuáles no. Nada sencillo para quien ha permanecido alejado de todo análisis armónico durante dos años.

Don Federico revisó rápidamente las seis o siete hojas que yo le llevaba, y decidió ignorarlas; comenzó su clase con lo que había preestablecido como el tema de enseñanza para el día. No tuve problemas con el material y al final de esa primera sesión me dijo: “nos vemos la próxima semana”. No fue un “estás aceptado en mi clase”, sino un “nos vemos la próxima semana”. No dio tiempo a que yo preguntara nada más. Solo añadió, mientras me encaminaba a la puerta por el pasillo de la pared que

mostraba una pintura en estilo renacentista (un desnudo): “aquí te espero”, y me despidió en el elevador. Yo no sabía cuánto iría a cobrarle. Pero si era un precio alto, asistiría a una lección más; si no muy caro, entonces lo buscaría por los dos meses siguientes, al menos.

Lo que me había animado a levantarme, dos meses atrás, de aquella mesa en la que me encontraba en el restaurante del Palacio de Bellas Artes, había sido una conversación con Mario: “hay que visitar

das, me refirió a una pieza precisamente de él, de don Federico. “Me gustaría tomar clases de composición con usted”, le dije al viejo. Y quedé en buscarlo el siguiente martes a mediodía por teléfono; entonces, acordamos iniciar sesiones el viernes a las cinco de la tarde.

Él me habló sobre sus métodos de enseñanza para análisis y composición. Pregunté cuánto me cobraría. “Aún no lo acepto en mi clase”, respondió; “necesito saber qué tanto sabe usted de música, y en

¿quién es su enemigo o rival... en casa, trabajo o amores?, nadie; ¿cuándo le sacan de quicio?, nunca.

“-Blofear es tan fácil y sencillo, basta con tener el ánimo en equilibrio y la mente en disposición de calculadora”.

Luego, si se le suma a ello una cierta facilidad en el uso del idioma: riqueza de léxico y mucha lógica en el discurrir de las ideas y el orden, tanto como en el empleo preciso de las palabras para decir justo lo que se pretende, y no otra cosa, el arte se vuelve: reliquia de aparador francés (por lo de la elegancia y el disimulo).

Olvidar no obstante es un arte. Quizá por ello es tan difícil practicarlo. Cuando la memoria y las emociones resultan las habitaciones principales de cualquier persona, sencilla o compleja, con menor o mayor educación, el olvido puede medirse en función del conocimiento y la retención de la vivencia o saber -en tanto que recuerdo-, que cada individuo logra atesorar, para luego sacarlo a orear cuando le convenga o le venga en gana hacerlo: ¡ventilar el pasado!, ¿cuál? ¿Existe aún? Tal vez apenas esté por suceder: ¡memoria femenina, o distracción!

El arte de mentir

Si usted quiere aprender a ser respetado, aprenda a mentir, siga estas sencillas instrucciones y el mundo lo amará (quizás también lo respetará) (si no, mínimo, no lo odiará, puesto que jamás llegará a conocerlo, no profundamente):

- 1.) Sonría siempre.
- 2.) No hable, practíquelo solo mientras se baña: nunca frente a otra persona; ni siquiera frente a usted mismo: en el espejo: podría gustarle el contacto con el otro a través de la palabra: huya de ella como del gerundio o de la peste.
- 3.) Salude con mucha economía (leve mirada, leve inclinación de cabeza): nunca levante la mano ni emita sonido alguno.
- 4.) Finalmente, no sueñe: los sueños contaminan; dan ganas de contarlos: ¡Ni lo intente!

Nota: si no puede cumplir con uno o más de los reactivos anteriores: ¡vuélvase banquero!; no se suicide: hay solución: en este u otro mundo...

Del arabesco al quizás

Iba la hormiguita cruzando el desierto, a ratos sobre la arena, otros entre túneles y resoplidos del viento, cuando un caracol apareció en su camino: “con tu permiso, caracolito”, -le dijo la hormiguita con suave voz.

- ¿Esperas que me quite yo del camino, hermana hormiga?, - respondió bruscamente el caracol del desierto.

- Tú puedes hacerlo sin que te mude de casa el viento ni la arena: a mí me tumba, me da de vueltas y me ahoga si me entierra; en cambio, a ti caracolito, como habitas tu casita de calcio, no te moverá tan fácilmente.

- ¡Déjate de parloteo!, que si tanto tienes que explicar, es porque eres manipuladora y abusas de los incautos; así que te mueves tú, porque yo no caigo.

-La hormiguita, como pudo, dibujó arabescos en la arena y esquivando al caracol, fue a dar hasta un oasis.

...Y, el caracol se esfumó o se lo chupó un hoyo en la arena; quizá hizo arabescos perfectos: quizá cumplió: ...con su destino.

¿Qué le molesta?, nada;

El arte del olvido

Nada, nadie, nunca: son algunas palabras que acompañan con fidelidad a la dama de la memoria cuando no quiere ser ingrata, ni mal educada.

¿Qué le molesta?, nada;



varias casas”, le escuché decir; y cuando le pedí explicación, me dijo: “hay que visitar a varios compositores, sus estilos”. Así es que mientras bebía un té en Bellas Artes, esperando el inicio de un concierto, en cuanto distinguí la silueta de don Federico que se encaminaba a una mesa cercana a la mía, en la terraza, donde se podía encender un cigarrillo: lo seguí. Luego de presentarme yo mismo: soy Fulano de Tal, amigo de Mario; él me invitó a tomar una silla. Le platicué de mi última charla con una ejecutante del clavecín y que al preguntarle sobre técnicas extendi-

función de eso lo decidimos”. Fue así que me encargó el análisis del Primer Arabesco de Debussy, y fue así que lo realicé. Quizás cumplí, quizás con un examen incompleto de la obra; pero quizás, a final de cuentas, con un estudio: ¿interesante? ...quizás cumplí.



Josefina Méndez

Josefina Méndez era la encarnación de la majestad y la elegancia, una gran estrella del ballet clásico que encarnara con éxito en todo el mundo los grandes papeles emblemáticos del repertorio romántico y clásico. Fue considerada mundialmente como una de las grandes figuras del ballet americano del siglo XX y pieza clave y relevante del ballet cubano.

Nacida en un hogar de clase media, inició sus estudios de ballet en 1948 en la Sociedad Pro Arte Musical, como alumna de Alberto Alonso Rayneri. Había empezado sus estudios de danza en la escuela de la Sociedad Pro-Arte Musical y los continuó en la Academia Alicia Alonso con Fernando Alonso, León Fokin y José Parés, sus principales maestros y reales modeladores de un carácter y perfil de gran belleza, buen gusto y sobriedad.

Al incorporarse en 1955 a la Academia de Ballet Alicia Alonso, Fernando Alonso la escogió para bailar la danza napolitana de El lago de los cisnes, con el Ballet de Cuba, hoy Ballet Nacional de Cuba. Así se produjo su debut profesional. Había debutado el 27 de marzo de 1955, paradójicamente, en la danza de los napolitanos de El lago de los cisnes, pero travestida de chico, ante la escasez de varones de la compañía en esos años.

Su actuación dentro de la delegación de Cuba evidenció el surgimiento de una nueva escuela en el ballet: la escuela cubana. Durante el II Concurso en el balneario búlgaro, en 1965, obtuvo la medalla de plata; y en 1970, la Estrella de Oro a la mejor bailarina del VIII Festival Internacional de Danza de los Campos Elíseos en París, por su interpretación de Mme. Taglioni. Actuó con el Ballet Nacional de Cuba en todo el mundo y como artista invitada en el Ballet Arabesco en Bulgaria, en 1969; en los teatros de Ópera y Ballet de Odesa y Alma Atá en la ex Unión Soviética, en 1971; en la Compañía Nacional de Danza de México, en 1976. También actuó en las galas internacionales de Chicago, en 1977; de Santander, en España y de Verona, en Italia, en 1980, y en el Festival Enescu, en Rumania, en 1981.

A las 11:50 am del 26 de enero de 2007, en La Habana.

ad pēdem
literae

“Las matemáticas son el alfabeto con el cual Dios ha escrito el Universo”.

Galileo Galilei

letras de
buen humor

“Psiquiatría: El único negocio donde el cliente nunca tiene la razón”.

S. Kent

En interiores...

Abraham

Oscar G. Baqueiro

Página 2

Un monumento natural

Javier García-Galiano

Página 3

La Voz del Papa

Mons. José Gómez

Página 4